

SE VE, SE VE LA CRISIS DEL PECE

EN los partidos políticos hay dos clases de tensiones, menores unas y otras mayores. Las primeras son las que afectan a la «lucha por el poder»: a quién controlará los aparatos internos y quién designará los candidatos para las elecciones. Las mayores son ideológicas o estratégicas, o ambas cosas a la vez. Esto último es lo que ocurre ahora en el PCE. No se trata de resolver si la organización del partido va a estar gobernada por el señor Carrillo y sus actuales amigos, o por el señor Iglesias con Sartorius, Curiel, etc. O incluso por esos terceros en discordia, que aguardan astutamente a ver quién gana y que ahora se llaman prosoviéticos.



ANTONIO
FONTÁN

Para destacar que no me propongo practicar un mero «anticomunismo» deportivo, me referiré antes a lo que ocurrió en un partido al que pertencí yo, y dentro del que tuve algunas responsabilidades en órganos colectivos de gobierno: la famosa —y meritoria— UCD.

Casi todo el mundo reconoce que la llamada crisis de la UCD se manifestó abiertamente en el Congreso de Palma de Mallorca (principios del 81), cuando por primera vez en un partido de la nueva democracia española se enfrentaron «oficialistas» y «críticos». Lo que entonces separaba a unos y otros eran cuestiones de ideología y de estrategia: no era una «lucha por el poder».

Entre los críticos, predominaban los liberales, demócratas cristianos y políticos afines a estos grupos, incluso algunos procedentes de sectores socialdemócratas. Entre los oficialistas de Palma, por el contrario, destacaban los defensores de un concepto del partido más unitarista que unido y una ideología de síntesis, teñida de oportunismo y dictada desde arriba.

Pocas semanas más tarde, con Calvo Sotelo investido ya de presidente, después del 23 de febrero, la mayor parte de los «críticos» de Palma fueron —o fuimos— partidarios de un Gobierno de coalición, con amplísimo respaldo en el Parlamento y en la nación. Nuestros colegas optaron por continuar con gobiernos minoritarios y monocolors, aunque luego desde el poder todas las cuestiones principales —salvo la OTAN, y eso porque la empezaron tarde— fueran abordadas con la única política posible, que era un entendimiento con el principal partido de la oposición. (Si hubiera habido Gobierno de coalición habríamos entrado antes en la OTAN y en la CEE; y aunque ahora quizá —después del 83— gobernarán los socialistas, sería teniendo enfrente un contrapeso más amplio del que existe hoy.)

Pero lo que yo quiero decir es que la crisis comunista es de verdad, porque en ella hay factores ideológicos y de estrategia política. Es consecuencia, entre otras cosas, del fracaso del eurocomunismo imposible y verbalista de Carrillo, que fue tan útil para la aceptación generalizada en la «sociedad democrática» del PCE y de su líder precisamente de la mano de los antiguos franquistas, como Suárez y Martín Villa, que lo legalizaron, y de Fraga, que algún tiempo después accedió a presentarlo en una conferencia en un club político burgués de Madrid, nacido también

bajo el régimen anterior.

Por ese camino el PCE pasó de los casi dos millones de votos de 1979 (1.600.000 en el 77) a los 800 y pico mil del 82, cuando ya nadie creía que fueran la izquierda «pura y dura» que habría dicho algún dirigente de la UCD, ni que tuvieran opción alguna de integrarse en un gobierno. Por el contrario, se había quedado al margen del acuerdo económico (ANE) y del autonómico, que fueron los portillos que franquearon el paso al socialismo. Tampoco había servido para impedir la otanización de España, ni para efectuar masivas manifestaciones populares.

Algunas destacadas figuras, más bien jóvenes y regionales, del PCE pasaron al PSOE, pero no a la Izquierda Socialista, sino a las disciplinadas filas del grueso del partido del Gobierno. Por otra parte, hubo un desflecamiento de grupos minoritarios; radicales leninistas, prosoviéticos, ecologistas, verdes, filoanarquistas, etc. Todos ellos de carácter sectorial, de ésos que impropriadamente se llaman marginales.

LOS comunistas «legales» u «oficialistas» quieren pescar votos y apoyos en esas orillas; aspiran a crear por la izquierda una efectiva oposición al PSOE; quieren también monopolizar el antiotanismo de inclinación prosoviética y de paso jubilar al principal inspirador de la estrategia agotada. ¡Qué patética resulta la comparación de dos fotos comunistas a casi ocho años de distancia! La de la conferencia sorpresa del señor Carrillo —clandestino en diciembre del 76— y la del mismo personaje con los otros camaradas a los que el «politburó» oficial de ahora, con el beneplácito de los hermanos de ultrapuertos, castigó por quince días de cara a la pared para que se arrepintieran. Me parece que entre una y otra no hay más que un solo elemento común: el rostro del personaje que ocupa el centro de la imagen, rodeado del coro del momento.